

DEMETRIO SODI PALLARES

CONSIDERACIONES  
FILOSOFICAS  
EN LA  
INVESTIGACION\*

**R**ECIENTEMENTE, se llevó a cabo en la Ciudad de México, el XIII Congreso Internacional de Filosofía, que constituyó un experimento de convivencia armónica de hombres de los más diversos matices ideológicos. Pensadores distinguidos argumentaron calurosamente en contra del idealismo clásico y subrayaron la necesidad de filosofar sobre el mundo concreto de nuestros días, el mundo natural, técnico, económico y social, ya que filosofar en otra esfera, sería vana especulación. Otros filósofos mantuvieron su postura dentro de la filosofía tradicionalista tratando de enriquecerla con los pensamientos de las corrientes principales del momento, entre las que el positivismo lógico y el marxismo ocupan un lugar preeminente. No menos numerosos fueron los filósofos que siguen a Gabriel Marcel, el metafísico de la esperanza, quien señala que una de las virtudes que le hacen falta al hombre moderno es aquélla, la esperanza. Lo que sí se reflejaba en el pensamiento de todos es que el individuo no debe encerrarse en sí mismo, pues tal conducta conduce a la angustia, a la desesperación y al subjetivismo.

Lo que viene a continuación es un filosofar de quien no es un filósofo; pero los problemas y la materia que se presentan constituye una filosofía que surge de las presiones y reacciones que se originan en la vida de nuestras comunidades, de nuestras instituciones hospitalarias, de nuestros centros de trabajo.

Hablaré de las inteligencias considerando con Dewey que no sólo constituyen la razón, órgano o facultad de nuestro entendimiento, sino que, y sobre todo para nosotros los médicos, la inteligencia indica métodos

---

\* Discurso leído en la Ceremonia Inaugural del III Congreso Nacional de Cardiología.

elevados y cada vez más extensos de observación, experimentación y razonamiento reflexivo.

En los últimos 25 años, los adelantos conseguidos en Medicina y en particular en cardiología, son sorprendentes. La ciencia no tiene límites y las fronteras del conocimiento que el investigador imagina, se alejan en proporción inconmensurable cada vez que se logra un pequeño descubrimiento; en otras palabras, no hay proporción entre lo poco que el investigador avanza y la mayor área que adquiere el campo del conocimiento. Esto no constituye una tragedia sino todo lo contrario, es el mejor estímulo para mantener alerta e inquisitiva la mente del científico. Mas la razón humana tiene numerosas limitaciones que derivan no tanto de ella misma como del medio en que se desenvuelve. Siempre he creído que la inteligencia tiene la propiedad de aprender "multiplicativamente"; es decir, más aprende a medida que más sabe y más adquiere los reflejos condicionados que indudablemente existen en el aprendizaje. Si el medio se vuelve un colaborador de la inteligencia, ésta no tendrá limitaciones para aprender cada vez más, para desarrollarse hasta límites insospechados y determinar en el individuo las características del verdadero científico.

No se crea que al referirme al medio, lo hago solamente en sentido material sino que serán, sobre todo, otras inteligencias similares con deseo incesante de superación, las que más estimulen a la inteligencia considerada en primer término. Al sumarse muchos procesos multiplicativos, se alcanza un desarrollo orgánico de tipo experimental, con ritmo ascendente cada vez mayor. Habrá entonces oportunidad para adquirir la sabiduría, siempre y cuando las dotes intelectuales sean las que corresponden a una inteligencia mediana. Poned atención que he hablado de una inteligencia mediana, nivel intelectual suficiente para ser sabio si el esfuerzo es ininterrumpido bien encaminado y si el medio es un colaborador.

Cuando la inteligencia no encuentra colaboración en el medio por falta de otras inteligencias, el proceso multiplicativo de la inteligencia única no será suficiente para que el individuo adquiera las características del verdadero científico; él podrá creer que lo es, más en realidad es un autodidacta. Esta posibilidad tiende a desaparecer en nuestro medio porque el número de instituciones hospitalarias es cada vez mayor y sólomente quien no quiera, no encontrará acomodo para estudiar y superarse, lo que obviamente no se compagina con el tipo de mente al que me refiero.

Cuando una inteligencia no posee la determinación suficiente para la realización del esfuerzo constante, tratará de aparentar una gran activi-

dad que no existe. Esta inteligencia retarda el proceso multiplicativo de las otras inteligencias, lo que ha de satisfacerle porque sabe que, si no lo hace, la diferencia entre el grado de conocimiento que posee y el de las inteligencias estudiosas que lo rodean, será cada vez mayor, en función del tiempo. Tales inteligencias podrán tomar posturas negativas de índole diversa: actitud de indiferencia, crítica mordaz expresando opiniones opuestas, casi siempre solapadas, etc. No me referiré más a estas inteligencias que en un futuro próximo y como consecuencia del mayor grado de responsabilidad que se incrementa en nuestras instituciones hospitalarias, encontrarán grandes dificultades para continuar formando parte del personal médico.

Las inteligencias estudiosas desarrollan espontáneamente diferentes mecanismos de análisis. Uno de ellos sigue las etapas dialécticas tan en boga hoy en día con el auge filosófico del marxismo; me refiero en particular a los cambios señalados por Jorge Guillermo Federico Hegel cuando trataba de fundamentar su panteísmo lógico. Muy lejos estoy de aceptar la filosofía idealista del discípulo de Fichte; pero fuerza es que reconozcamos que las tres etapas, tesis, antítesis y síntesis, son —en cierta medida— caminos naturales de la mente del científico. Creo que las posee toda inteligencia desde que se inicia en el uso de razón, como algo autónomo, espontáneo; es decir, son aspectos automáticos que la inteligencia pone constantemente en juego.

Cuando a un científico le informan de algún concepto novedoso que no está de acuerdo con ciertas verdades por él aceptadas —con sus verdades— trata de inmediato y automáticamente oponer otros conceptos (antítesis) a los que le han sido presentados (tesis). Esta reacción es espontánea y conviene favorecerle aunque con ciertas limitaciones. No se crea que es fácil precisar tales limitaciones pues tal cosa sólo se consigue al través de los años con el trabajo de investigación, siempre y cuando el científico haya vivido la metodología de la investigación. Así podemos entender con facilidad por qué tantos científicos se creen investigadores sin serlo. La razón es que toda inteligencia, estudiosa o no, pone en juego, aún sin quererlo, los mecanismos espontáneos que lo llevaron al conocimiento de la verdad.

El verdadero investigador ha conseguido una posición mental en la que no cuentan muchas reacciones difíciles de dominar, como son la emoción, la envidia, el propósito de alcanzar una meta fija, el orgullo, el deseo de figurar, etc. El verdadero investigador trata de establecer la sín-

tesis conceptual en estrecha armonía con los fenómenos o leyes de la naturaleza. Es frío y calculador, ha superado todas esas reacciones emocionales, tan frecuentes en los latinos. No le importa si gana o no en una discusión, si hablan mal o bien de su trabajo, sólomente le interesa alcanzar la verdad, conocer el fenómeno, establecer la ley que lo gobierna; pero, además, necesita conocer y practicar sin error la metodología de la investigación que únicamente se aprende, al menos hoy en día, de otro investigador y en los laboratorios.

Ahora nos podemos explicar una de las grandes tragedias de la medicina actual: los grupos cada vez más numerosos de seudoinvestigadores que han creado un mundo con sus verdades, sin que les importe oír y discutir con otros grupos. Bien podríamos llamarlos, grupos autodidácticos. Por lo general, tales verdades, que no lo son, se adquirieron por la sucesión o ésta se hizo sin conocer a fondo la metodología de la experimentación.

A menudo el investigador de las ciencias médicas busca con afán algo que pueda redundar en beneficio del enfermo, cambiando el objetivo de la investigación pura que sólo tiene como mira el conocimiento de los fenómenos y leyes de la naturaleza; es decir, en su mente ya está impresa la aplicación o utilización de tal conocimiento y no la verdad por sí misma. Esta actitud, loable y conveniente, puede determinar que el investigador se incline en algún sentido que lo aleje de la verdad. Se necesita una madurez especial, de altos vuelos, para no tomar partido en un estudio que apasiona. De ahí la conveniencia de que toda investigación aplicada, como es la clínica, el investigador deba asesorarse de otro, no interesado en la aplicación del estudio.

A medida que iba escribiendo estas páginas que ahora leo ante ustedes, me convencía de cuán lejos estoy de ser un investigador. Me faltan la mayor parte de las cualidades señaladas y poseo muchos de los defectos que limitan la labor de la investigación pura. Probablemente por ello trato de ofrecer soluciones y la que me parece más razonable es la que se refiere al trabajo en equipo, es decir en colaboración.

Ya dije que en los grupos estudiosos, se suman geoméricamente los esfuerzos de muchas inteligencias y el incremento de los procesos es cada vez mayor, ascendente, de tipo exponencial.

Al trabajar en colaboración y al apreciar los mecanismos de rebote, será indudable que todos los que forman el grupo, traten de cuidar el desarrollo de las otras inteligencias, pues es como si cuidaran la suya propia. En un grupo bien constituido se acaban las envidias, y las satisfacciones que las sustituyen son de todos y de cada uno.

Otra consecuencia provechosa de los equipos investigadores es la que se refiere a la intercorrección de las partes. Cuán fácil y cuán expuesto está el investigador a equivocarse, no obstante sus muchos años de experiencia y estudio. La posibilidad de cometer errores conjuntamente, por un tiempo largo, es menor, sobre todo cuando los miembros del grupo son hombres que han realizado una labor experimental cuidadosa y prolongada.

Los científicos que trabajan en colaboración cubren, en general, aspectos diferentes dentro de su especialidad, por lo que el equipo humano está en capacidad de investigar en campos distintos y de abordar caminos diversos, según convenga al estudio. Se podrá, además, investigar en las fronteras que limitan varias disciplinas ya que los avances más trascendentales en ciencia se han alcanzado en tales confines, como si hubieran sido descuidados por los científicos, cuando en realidad lo que faltaba era la concurrencia de los investigadores.

El cuidado recíproco de las inteligencias, en ausencia de factores negativos, determina lo que podríamos llamar el "conocimiento armónico del grupo". Lo que cada quien sabe, pasiva y activamente, es proporcional al conocimiento de los demás. Lo que cada quien aprende es proporcionalmente al aprendizaje de los demás. El interés de cada uno en la investigación es proporcional al interés de los demás. La habilidad técnica de cada quien es proporcional a la misma habilidad en el grupo y así, podríamos multiplicar los ejemplos.

Las cosas no se quedan ahí y van más adelante. La interacción y transferencia entre las partes comprenderá otros aspectos además de los científicos. Los filosóficos, los humanitarios, los religiosos, los sociales, etc., fluirán por necesidad en todas direcciones y recíprocamente.

La perfección de las inteligencias podría alcanzarse, relativamente hablando, si la disposición y la calidad de los individuos fuera la adecuada. Se pasaría de la armonía en las inteligencias a la perfección en las mismas. Así como señalé que para ser sabio se necesita una inteligencia mediana con un esfuerzo infinito, para ser virtuoso y austero, además de sabio, es necesario poseer una inteligencia y un desapropio superiores.

Pero pongamos los pies sobre la tierra y estudiemos qué podría alcanzar un grupo de especialistas en cardiología si trabajara en colaboración al través de varios años. Este problema ya lo analicé cuando en El Salvador presenté dos comunicaciones sobre la enseñanza médica del pre y del postgraduado. Me referí a los que llamé "El Cardiólogo Moderno" y al respecto dije: En realidad lo concibo como lo voy a describir porque así lo

he visto en mis correrías por el mundo. Me he encontrado con grandes sabios que saben profundamente de todas las ramas de la cardiología, lo mismo hablan de clínica que de hemodinámica, de embriología y de angiología, lo mismo de fonocardiografía que de electrocardiografía, y conocen a fondo la acción de las drogas y la terapéutica; es difícil encontrarles fallas, no digamos de conocimientos generales sino de conocimientos bien profundos en el campo cardiológico que se escoja; pero además saben medicina general y también la saben a fondo. Cuando los he visto y oído, he sentido una envidia sana de no ser como ellos; pero ya carreta me dejó y la vida me lleva por otros caminos.

No se crea que es muy difícil conseguir este tipo de cardiólogos si las cosas se hacen como deben realizarse. Estos médicos viven todo el tiempo en los hospitales; si tienen consultas particulares las dan en el hospital. En ellos no hay preocupaciones económicas y la familia es el descanso bien merecido después de 12 ó 14 horas de labores de todos los días. Sin embargo, su fuerza científica no nace de ellos mismos sino que se crea y se forma en grupos, conviviendo casi todas las horas del día, y así por meses y años, con los especialistas de otras disciplinas. Imaginaos grupos en los que hay un clínico, un hemodinamista, un electrocardiografista, un conocedor del fonocardiograma, un cirujano, un radiólogo, un embriólogo y un médico general, etc. claro que en cierta medida, pero no con conocimientos superficiales sino con conocimientos profundos.

La labor social que se puede alcanzar con la ciencia acumulada por el grupo al que me referí, será digna de nuestro querido México siempre y cuando que, dentro de la abstracción que implica el hecho operante, no se catalogue al enfermo como una ficha sino que la obra social se realice de acuerdo con el principio de subsidiaridad tan bien analizado en la encíclica "Madre y Maestra" de Juan XXIII.

Para terminar esta plática que se ha alargado demasiado, deseo recalcar que ningún afán de notoriedad debe impulsar al hombre de ciencia y que si tal notoriedad llega, que no le enturbie el pecho sino al reverso, sea la modestia, el recato lo que corone su personalidad. Triste es reconocer que en el mundo científico de nuestros días, hay grupos, por fortuna fuera de nuestras instituciones, a los que les interesa más la nombradía que la certidumbre. Pero el mundo cambia en provecho y lo hace rápidamente. Ya no es fácil que se levante la mentira serena para decirle a la verdad: yo soy la verdad y tu eres la mentira. Aquél que dice su verdad tiene que demostrarla. El mundo ha sufrido convulsiones por haber aceptado muchas

mentiras como verdad; por tales experiencias se ha pagado un precio muy alto y el temor de nuevos sufrimientos nos orilla a ser más cautos, a buscar entendimientos sin falsedades, a pensar y ver por los que nos rodean, a ser más humanos a desenterrar a Dios, y a recibir la paz en nuestros corazones como hombres de buena voluntad.